

MADRID, por un mes.	10 rs.
PROVINCIAS por tres meses, haciendo la suscripcion en la Administracion de LA IBERIA, ó remitiendo los sueltos á las librerías de la Administracion de LA IBERIA, ó remitiendo directamente la Administracion de LA IBERIA, á cargo de los suscritores.	30
Haciendo la suscripcion en casa de los comisionados.	
Por un mes.	12
Por tres.	40
Por seis.	76
Por un año.	146

LA IBERIA se publica todos los dias menos los domingos.

LA IBERIA.

DIARIO LIBERAL DE LA TARDE.

En la Redaccion, Plaza de Colenque, número 1, cuarto principal, y en las librerías de Montier, calle de la Victoria Bailly-Bailliere, calle del Principe, y Cuesta, calle Mayor.

El minimum 2 rs., y los que pasen de ocho líneas á razon de 2 cuartos cada 30 letras para los suscritores, y 4 para los que no lo sean.
Los comunicados se insertarán á precios convencionales, y se dirigen á la Redaccion, Plaza de Colenque, número 1, cuarto principal.
No se admite correspondencia que no venga franca de porte.

SECCION DOCTRINAL.

A muy lisonjeras esperanzas se entregan nuestros adversarios, á propósito de la próxima reunion de la Asamblea, la cual imaginan ya, en su acalorada fantasía, convertida en un campo de Agramante, donde sus altas dotes de circunspeccion, sabiduria y patriotismo, formarán el mas brillante contraste con la estrechez de miras y la completa carencia de dotes de gobierno del partido liberal. Nuestros conservadores se disponen á humillar en el próximo octubre, bajo la inmensidad de sus recursos, nuestra insuficiencia y nuestra nada.

No en vano se ha dicho que la esperanza es el sueño del hombre despierto; combatir, pues, de frente la esperanza del que aspira con títulos ó sin ellos á una posicion mas ventajosa, sería á la vez una tarea inútil y una insigne inhumanidad. Gócese en buen hora las ambiciones impacientes y los mal encubiertos propósitos de venganza con la idea, para ellos consoladora, de que el segundo período de los trabajos de las Constituyentes habrán de quedar reducidos á una violenta e irreplicable acusacion contra el gobierno, á una nueva y definitiva demostracion de la impotencia de las doctrinas progresistas, y á la consiguiente santificacion de esos vagos principios que se llaman *conservadores*. Gócese, repetimos, en tales ilusiones, puesto que son indispensables á su felicidad; mas no intenten imbuir, porque perderán lastimosamente su tiempo y trabajo, las caprichosas creaciones de su alucinada fantasía en los ánimos serenos y desapasionados.

Las Cortes no reanudarán sus tareas para realizar los presuntos vaticinios de nuestros moderantistas; para ofrecer al pais el triste espectáculo de esas discordias con que los hombres del *orden* anhelan consolarse de las que tanto les rebajan é incapacitan para el gobierno, ni mucho menos para dar el triunfo á ideas cuyo predominio sería la completa humillacion de España.

Las Cortes de 1854, tan calunniadas por los absolutistas de todos disfraces, saben muy bien hasta qué punto se cifra en su conducta el porvenir de las instituciones liberales, para que, brindándose incautamente á servir de instrumento á las aspiraciones, cooperen con sus desaciertos á la reedificacion del alcázar de la tiranía y la dilapidacion, demolida en julio por la nacion escandalizada. Los diputados constituyentes han podido medir ya la naturaleza y el alcance de la oposicion moderada; y en verdad que las cábalas y las huecas declamaciones de esta, no serán bastante poderosas á desviar á la mayoría de la senda que con planta firme recorrió ya, no sin aplauso del pais, á quien por todos los medios posibles han procurado desorientar y sumir en la anarquía los hombres de la moderacion y del

carlismo. Las Cortes constituyentes disientrán sin duda del gobierno en ciertas y determinadas materias; condenarán si se quiere severamente y con razon algunos de sus actos: pero de esto á que el segundo período de la actual legislatura sea tal que solo confusion, contradicciones y olvido de sagrados deberes hayan de prevalecer en él, media una distancia tan considerable cual desde luego se advierte. No salvaremos, no, esta distancia.

Por lo demás, no es ni puede ser dudoso que si á tan terrible extremo no se llega, no será porque los hombres que tan prematuramente se estasian á la idea de la anarquía parlamentaria y de la explicita confesion de nuestra nulidad, no despleguen todos sus recursos, sin escluir los mas innobles para producir la primera y exagerar la segunda. Si poco há se hizo de una base ya célebre y de la ley desamortizadora un *casus belli* contra la situacion actual, aunque con fortuna por demás escasa, hoy con mayor motivo se juzgarán obligados nuestros religiosos adversarios á levantar en el Congreso una voz capaz de conmovir la tumba de Pedro el Ermitaño, en defensa de la corte de Roma. Habrá, pues, peroratas á lo Nocedal y arranques de sentimentalismo ultra-católico á lo Jaen; pero la mayoría de las Cortes, que aterroriza las naciones mas exactas acerca del decoro nacional que los fabricantes de ominosos Concordatos, apoyará al gobierno en la cuestion de Roma y le estimulará á mostrarse enérgico en un punto en que no cabe divergencia razonable entre los españoles amantes de la dignidad de su patria.

Los hombres que humildemente se arrastraron á los pies del ministro Molé, mendigando en vano una intervencion armada de que no necesitó el partido liberal para poner venturoso término á la guerra civil; los miseros plagiarios de la política guizotina, y los serviles aduladores de la santa Rusia, esos y no otros serán los que en la Asamblea osarán desatar nuevas tempestades cuando se trate de oponer un dique robusto á la periódica y frecuente avenida de agresiones de la curia romana. Mas semejantes debates no contribuirán bajo ningun concepto á realizar ciertos galanos vaticinios: servirán por el contrario para ensanchar mas y mas la distancia que separa de la España inteligente y liberal á los hombres de la mentida moderacion.

Ni se espere tampoco que las Cortes susciten obstáculos formales cuando se debata la trascendental cuestion relativa á la conveniencia ó inconveniencia de tomar una parte en esa lucha colosal, que al fin habrá de poner en armas el Mediodía de Europa contra las naciones del Norte, antiguos y naturales baluartes del despotismo. No creemos que el gobierno dé paso alguno en este sentido sin la anuencia de las Cortes; ni podemos imaginar que estas, cerrando los

ojos á la luz de la evidencia, que nos aconseja no divorciarnos de la parte de Europa que combate con la Rusia, se opongan á lo que en punto tan grave dicten la conveniencia y el buen nombre del pais.

No suponiendo posible, en los dos culminantes asuntos á que nos hemos referido, discordancia de entidad entre hombres que militan á la sombra de la bandera nacional, ocioso sería decir que estamos muy distantes de imaginar que las *tasas legislativas* á que en breve asistiremos, habrán de producir en materias secundarias el triste resultado que con pueril delicia vislumbran ya algunas optimistas fantasías. Nosotros nos prometemos por el contrario que las tendencias cada dia mas desembozadas de ciertos partidos, las tremendas acusaciones que sobre alguno pesan, las miras ostensiblemente farisáicas de un gobierno que vende el cielo por la tierra, y el espíritu público que con voz imperiosa reclama reformas, energía y prudentes rasgos de noble independencia, hallarán dignos y numerosos intérpretes en la Asamblea. Y asimismo creemos que por momentos se acerca la hora de un nuevo y terrible desengaño, para los que en el delirio de su ambicion tienden afanosos sus brazos al fantasma del poder, que para atormentarlos les sonríe y les huye.

La España, con ese tono de dómíne que ni indignacion ni risa nos inspira siquiera, se propone en su número de ayer señalarnos la senda que en nuestras discusiones debemos seguir; pretension exagerada, que choca á la sana razon y que solo tiene por fundamento la cólera mal disimulada. No merecía ciertamente el diario conservador que nosotros nos tomáramos el trabajo de contestarle; pero sobre esta consideracion que mas de una vez se nos ha ocurrido al leer el artículo á que nos referimos, está nuestro propio decoro y el respeto que al público y á nosotros mismos debemos. Parece mentira, y solo se explica esta conducta en los que han perdido del todo la brújula de lo conveniente y de lo inconveniente, que quien pretende dar lecciones de calma y delicadeza en la polémica, emplee un lenguaje tan extraño, tan importuno y tan contrario á las fórmulas sociales, siempre que tiene que esgrimir sus armas en contra de adversarios generosos! Esto sin embargo se comprende muy bien, en un periódico que como *La España* cuenta una historia tan llena de contradicciones, y á quien por lo visto debe ya importar muy poco la discordancia entre sus palabras y sus hechos.

¿Quién le ha dado al diario ultra-moderado derecho ni poder alguno para reprendernos? ¿Quién le ha engañado diciéndole que nosotros podríamos aceptar lecciones de él sobre nada y por ningun motivo? ¿No comprende siquiera que ciertas advertencias

en sus lábios significan lo contrario de lo que intenta probar? ¿Tanto le ciega su orgullo ó mejor dicho la pueril vanidad de su ingenio, que cree hallar en nosotros contritos y sumisos oyentes? Pasaron ya aquellos tiempos en que *La España* escudada por la previa censura que pesaba sobre la prensa liberal, podía impunemente levantar la voz y acusar á los que estaban vencidos, y hoy que no combaten á su lado ni las mordazas ni las recogidas, es para nosotros un adversario que nos intimida muy poco: nosotros solo nos doblegamos ante la razon, y miramos con lástima las pretensiones de los supuestos maestros de la cultura y del buen tono. Conténtese pues con el papel que en el estado de la prensa le corresponde representar, y reduzca á mas justos limites esas pretensiones si no quiere que el dia menos pensado conteste á sus estemporáneos y biliosos arranques una carcajada de general desden.

Si *La España* se ofende porque ocupando el puesto de su olvidadiza memoria, recordamos algunas de sus palabras de ayer en contradiccion con sus palabras de hoy, ¿cómo ha de ser? que tenga paciencia. Si pretende hoy borrar sus páginas antiguas y no puede, que no remueva cenizas ni desafie con frases imprudentes á quien con tanta sencillez como verdad le confunde poniendo en evidencia sus levantadas aspiraciones. Si es que quiere entrar de nuevo en la comunión moderada, que confiese sus faltas lejos de negarlas y se arrepienta: entonces será posible que la opinion publica que siempre es generosa con los arrepentidos admita sus protestas, y deje de dar tanta importancia á lo que *El Diario Español* dijo tan acertadamente un dia discutiendo con mucha franqueza con nuestro colega *La España*. Alcanzaria tambien perdon, porque el partido moderado como Dios, abre sus brazos y ofrece su corazón á todos los contritos. Pero que no se revuelva en los términos en que lo hace contra los que ponen de manifiesto sus inconsecuencias, sino contra sus inconsecuencias mismas; que no desfogue su ira sobre los que se rien de sus debilidades y miran á *La España* con toda la compasion que su caída inspira á las almas generosas.

La España nos pidió que citáramos textualmente las palabras en que pedia para el conde de San Luis una parte de la gloria del bando moderado, y cuando pensábamos haberla complacido nos encontramos con un artículo á todas luces inconveniente inspirado por la rabia y no por la razon. ¿Qué hemos de contestar nosotros? Nada. Cuando *La España* vuelva sobre si y reconozca su error y discuta como se discute entre periodicos que tienen en algo su dignidad; cuando no use las frases de tan mal tono, como la de *aseverar con absoluta falta de verdad*, la cual merece otra clase de contestaciones, entonces responderemos á sus frivolidades

con razones y nos encontrará siempre dispuestos á medir nuestras armas con las suyas. De otra manera puede evitarse el dirigimos consejos y advertencias que pudiera bien utilizar para sí, ya que tiene tambien la pretension de ser periódico de buen tono y de formas escogidas.

Maestros hinchados que no saben la leccion que intentan explicar, despiertan una sonrisa benévola y esta es la que consagramos hoy á *La España*, para que se convenza de que hay autores que hacen llorar cuando quieren lanzar un supuesto chiste y hacen reír cuando se proponen ser serios y enérgicos.

El real decreto publicado por el ministerio de Fomento en la *Gaceta* del miércoles y los reglamentos que le acompañan para la creacion y establecimiento de una escuela central de agricultura en el real sitio de Aranjuez, ha venido á realizar una idea que como la misma *Gaceta* dice, germinaba en muchas cabezas desde hace bastante tiempo, y que aun se indicó en el real decreto de 2 de noviembre de 1849. El señor ministro de Fomento al publicar este decreto, ha sido pues guiado por la generosa idea de hacer al pais un servicio que la opinion pública reclamaba, y su buen deseo merece nuestros elogios; pero no sucede lo mismo con los medios que se han escogido para llevarle á cabo, y cuya eleccion se ha reflexionado poco á nuestro entender.

España es ciertamente un pais agricola por naturaleza, y esta es la ventaja inmensa que lleva á las naciones que la rodean; puede vivir sin ellas, mientras que los pueblos fabriles y comerciales no pueden vivir sin el auxilio de sus vecinos. Esta ventaja del suelo español, debe de aprovecharse; debe de fomentarse la agricultura como la primera base de la riqueza de España, sin que por eso se desdofien la industria fabril y el comercio, porque nada se opone á que se desarrollen á la par, y la agricultura retribuirá largamente al gobierno que se ocupa de mejorarla.

Pero la agricultura ha estado largo tiempo desdeñada en España, y se ha abandonado al acaso y á los esfuerzos particulares, por impotencia unas veces y por dejadez las mas, porque los labradores son por la naturaleza de su trabajo afectos á la rutina y enemigos de las innovaciones, cuyos resultados no pueden percibirse en largo tiempo.

Al establecer una escuela de agricultura que reparase estos males, debíase, á nuestro entender, haber tenido en cuenta este estado del pais, y no haber comenzado por el establecimiento de una escuela completa sino por una especie de ensayo, en que el mismo gobierno estudiase lo que sería mas conveniente aumentar y lo que no debía de aceptarse. Es cierto que en parte se ha salvado

SECCION RECREATIVA.

UN DUELO SIN TESTIGOS.

POR JACOB.

PRIMERA PARTE.

UN DUELO.

XII.

De improviso nublóse su frente, crispáronse sus manos.
—¡Oh!—murmuró,—si ese hombre tuviese razon!... Humblot penetra mucho... Si yo hubiese estado ciego... si hubiesen burlado mi confianza?... ¡Oh! ¡Con qué expresion, con qué mirada, Amelia habla muchas veces de Félix!... ¡Y él qué tierno, qué afectuoso se muestra con ella! ¡oh! ¡las mugeres! ¡las mugeres! son capaces de todo!... ¿Me veria yo engañado como los demás?... ¡oh! sería horrible... ¡sobre todo, para ellos!
Y sacudiendo á su caballo fuertes espolas, le hundia los acicates en los hijares, sin percibirse de que semejante rigor era inútil y de que el pobre animal, falto ya de aliento, no podía sostener por mas tiempo ese galope infernal, desordenado.
Una idea mas ácre y mas tenaz que todas las

otras, acababa de iluminar el espíritu de Mr. de Harqueville como una antorcha fúnebre, y de arrojar una espantosa luz sobre las palabras enigmáticas de Humblot.

—Amelia no ha querido bajar esta mañana,—pensaba él.—¡Oh! ¡si hubiera sido para engañarme mejor!... ¡Si hubiera citado á Mr. de Villemont!... Si, sí, todo esto es misterioso, inexplicable... Se ocultan de mí... ¡Tal vez están de acuerdo!... ¡Vamos, vamos! es preciso aclarar mis dudas. ¡Desgraciados, desgraciados de ellos si me vendiesen!

El caballo, estenuado de fatiga, tropizó contra una enorme piedra, atravesada en medio del camino: el conde, que no esperaba encontrar este obstáculo, estuvo á punto de perder los arzones. El animal se detuvo repentinamente.

—¿En donde estoy?—se dijo el conde, teniendo una mirada á su alrededor.

Por mas que miró no pudo conocer su camino.

Despues de una hora que llevaba galopando al través de los bosques, habia creído maquinalemente dirigirse hácia el castillo; pero una encrucijada, en donde desembocaban cinco ó seis senderos, le habia desorientado completamente. El conde se encontraba en una estrecha senda llena de matorrales y de malezas y cuyo piso se hacia cada vez mas húmedo, resbaladizo y blando.

Bien pronto pudo comprender Mr. de Harqueville que, en vez vez de seguir el buen camino, se habia aproximado hácia los inmensos pantanos situados al Norte del castillo, especie de desierto triste y salvaje, en donde muchas veces solian los ginetes encenagarse desapareciendo con sus caballos debajo del fango.

El conde lanzó un grito de impaciencia y de cólera.

Para colmo de desgracia, una bruma espesa empezaba á levantarse de estos terrenos pantanosos; y Mr. de Harqueville, que nunca atravesaba solo y sin guia estos peligrosos sitios, corria el riesgo de apartarse todavía mas del verdadero camino.

Sin embargo, no sabiendo qué camino tomar si retrocedia, resolvió avanzar, con la esperanza de que tal vez encontraría un campesino que le indicase los senderos practicables. Pero por mucho que mirase hácia todos lados, no se ofrecia á su vista mas que un desierto triste, un terreno desigual y negrozco, lleno de húcos charcos de agua y sin ninguna vegetacion.

La niebla cada vez se hacia mas espesa.
Mr. de Harqueville, sintiendo hundirse por momentos los pies de su caballo en un fango viscoso y profundo, conoció que ya no podia dar un solo paso mas.

Irritado y horribilmente inquieto, empezó á dar voces con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Hola! ¿no hay nadie?—gritó.

—¡Hola! ¿no hay nadie?—gritó.

Desesperado dió unos cien pasos mas: pero el caballo negóse á andar y el conde tuvo que echar pié á tierra, llevando al animal de la brida.

De trecho en trecho, Mr. de Harqueville encontraba grandes piedras ahuas, arrojadas allí sin duda para formar una especie de vado: estas piedras le fueron muy útiles para no hundirse él mismo en la turba; pero el pobre caballo que se sumergia mas y mas á cada nuevo paso, cubierto de fango y de sudor, estenuado y casi sin aliento estaba próximo á caer desfallecido.

Mr. de Harqueville llamó de nuevo con mas fuerza.

Otra voz respondió á la suya; otra voz un po-

co distante, pero bastante clara, que el conde creyó reconocer.

—¡Hola! ¡Socorro!—gritó esta voz.

—¿Quién sois?—preguntó el conde.—Yo tambien tengo necesidad de socorro.

La niebla y los montones de turba impedían al conde ver á cierta distancia la persona que le habia hablado.

XIV.

El conde, redoblando sus esfuerzos y su energía, habia logrado conducir á su caballo sobre una lengua de tierra firme que se recortaba como una cinta en medio del pantano.

Bien pronto pudo distinguir un hombre en mangas de camisa, que inclinado hácia atrás y tirando con todas sus fuerzas de la brida de un caballo, medio enterrado, procuraba desembarazarle de la turba espesa y pegajosa que le envolvia hasta los pechos.

El conde dejó escapar una exclamacion de sorpresa, al reconocer á su amigo.

—¡Félix!—dijo.

—¿Cómo!... ¿Sois vos, mi querido conde?—respondió Mr. de Villemont dirigiéndose á él.

Por mífe, que llegais bien á tiempo: ya hace mas de una hora que me encuentro en la bonita posicion en que me habeis visto.

—Pues yo os aseguro que la mia no es mucho mejor,—respondió el conde, olvidando su cólera y sus sospechas.—¡Pero, qué diantre! ¿Qué haciais por aquí, mi querido Félix? ¿Os gusta gatopar entre la turba?

—Todo lo contrario... ¿pero qué queréis? me he extraviado... ¡la trompa de ese maldito Lorient tiene la culpa! Hay, en una cierta encrucijada del bosque, yo no sé qué malicioso eco... En fin,

he tomado á la izquierda en vez de tomar á la derecha.

—¡Pardiez! ¡es mucha torpeza para un diplomático, mi pobre Félix!

—Convengo en ello... Pero vos, ¿por qué casualidad os hallais en estos sitios? ¿Es que el eco os ha engañado tambien?

—No, no,—dijo gravemente el conde, mordiendo los labios,—no ha sido el eco quien me ha engañado... sino...

Félix, que no tenia la conciencia tranquila, no pudo menos de estremecerse.

—¡Oh! ¡ese Humblot es un perverso!—prosiguió el conde entre dientes, hablando consigo mismo.

—¡Humblot!—repetió Félix, todavía mas turbado.

—Sí, sí... pero, paciencia; yo tomaré la revancha! El hecho es, mi querido Félix, que yo estaba muy inquieto por vos, y sin decir á nadie nada me he lanzado en busca vuestra... Lo mas extraño, lo que parecerá increíble... es que yo tambien he equivocado el camino... Léveame el diablo si pensaba yo en venir á patinar en este infernal pantano! Pero, á todo trance, es preciso salir de aquí!... la caza debe estar ahora en toda su fuerza y, tal vez, creerán que su magestad, el lobo, nos ha comido!... ¡Vamos, vamos! ¡A caballo, y á escape!

—¡Ah! ¡ah! ¡ah!—respondió Félix soltando una estrepitosa carcajada.—¡A escape! ¡No veis cómo se encuentra mi pobre yegua... enterrada viva, hasta la silla! ¿Cualquiera creería que sufre en este momento ese horrible suplicio inventado por yo no sé qué tirano de Persia!

(Se continuará.)